

# El Dios de toda consolación

## Juan 8:1-11

### Juan 8:1-11 (LBLA)

<sup>1</sup> “Pero Jesús se fue al Monte de los Olivos.

<sup>2</sup> Y al amanecer, vino otra vez al templo, y todo el pueblo venía a Él; y sentándose, les enseñaba.

<sup>3</sup> Los escribas y los fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio,

<sup>4</sup> le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio.

<sup>5</sup> Y en la ley, Moisés nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres; ¿tú, pues, qué dices?

<sup>6</sup> Decían esto, probándole, para tener de qué acusarle. Pero Jesús se inclinó y con el dedo escribía en la tierra.

<sup>7</sup> Pero como insistían en preguntarle, Jesús se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea *el* primero en tirarle una piedra.

<sup>8</sup> E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra.

<sup>9</sup> Pero al oír ellos *esto*, se fueron retirando uno a uno comenzando por los de mayor edad, y dejaron solo a Jesús y a la mujer que estaba en medio.

<sup>10</sup> Enderezándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están ellos? ¿Ninguno te ha condenado?

<sup>11</sup> Y ella respondió: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno. Vete; desde ahora no peques más”.

Una aflicción es una presión demoleadora que amenaza con destruirnos. Nuestra salud, nuestra paz mental o nuestras relaciones pueden peligrar. Sabemos que Dios nos consolará cuando estemos enfermos, pero ¿estará Él con nosotros cuando estemos sufriendo por los pecados que hayamos cometido?

Esta es una pregunta que muchos creyentes se hacen, y muchas veces su respuesta es *no*. Pero el Señor no nos condena por el pecado, porque Él lo ha olvidado (Vea [Hebreos 8:12](#)).

### Hebreos 8:12 (LBLA)

<sup>12</sup> “PUES TENDRE MISERICORDIA DE SUS INIQUIDADES, Y NUNCA MAS ME ACORDARE DE SUS PECADOS”.

Lo que permanece son las consecuencias de nuestras acciones pecaminosas. Si nos volvemos a Dios, Él aliviará nuestra alma y nos guiará con toda seguridad a través de sus dolorosas consecuencias. Bajo su influencia, el dolor que nos causamos es tolerable y sirve para fortalecer la fe.

Recordemos a la mujer que fue llevada delante de Jesús por los fariseos. Había sido sorprendida en adulterio, lo cual era una clara violación de la ley. Los líderes religiosos estaban listos para lanzarle piedras, pero Jesús le habló a la mujer con compasión. Aunque Él, de ninguna manera, toleró su pecado, sí reconoció que ella ya estaba enfrentando las consecuencias de sus malas acciones. La perdonó, diciendo: “Vete, y no peques más” ([Juan 8:11](#)).

Nada de lo que podamos hacer podrá separarnos del amor de Dios. Una manera que Él tiene de expresar ese amor es mediante su promesa de consuelo cuando suframos, aunque el dolor lo hayamos causado nosotros mismos. Podemos dejar que la vergüenza nos haga alejarnos de los brazos del Padre celestial, convencidos de que Él no dará aliento a quien haya desobedecido, o podemos creer que es “Padre de misericordias y Dios de toda consolación” ([2 Corintios 1:3](#)).